

---

## ACTO IV.

---

Es de noche.—El patio del palacio de Fiesco. Las luces están encendidas. Se introducen armas. Un ala del edificio aparece alumbrada.

### ESCENA I.

BORGONINO, con SOLDADOS.

BORGONINO.—¡Alto!... Cuatro centinelas en la puerta grande del patio; dos en las demás del palacio. (Los centinelas se colocan en sus puestos.) Que entre quien quiera, y nadie salga; muera el que se resista. (Entra en el palacio con los centinelas; los demás se pasean haciendo su guardia; pausa.)

### ESCENA II.

LOS CENTINELAS; luego CENTURIÓN.

LOS CENTINELAS. (Gritando en la puerta del patio.)—¿Quién vive? (Llega Centurión.)

CENTURIÓN.—Un amigo de Lavaña. (Atraviesa el patio hacia la puerta derecha del palacio.)

EL CENTINELA. (Que lo recibe.)—¡Atrás!



CENTURIÓN. (Sorprendido, y dirigiéndose hacia la puerta de la izquierda.)—¡Oh!

EL CENTINELA. (Que la guarda.)—¡Atrás!

CENTURIÓN. (Que se queda estupefacto y en silencio; pausa; después, dirigiéndose al centinela de la izquierda.)—Amigo, ¿por dónde se va á la comedia?

EL CENTINELA.—No sé.

CENTURIÓN. (Paseándose primero con extrañeza; después, dirigiéndose hacia el centinela de la derecha.)—¿Cuándo comienza la comedia, amigo?

EL CENTINELA.—No sé.

CENTURIÓN. (Paseándose atónito; observa las armas, y se asusta.)—Vamos, ¿qué significa esto?

EL CENTINELA.—Lo ignoro.

CENTURIÓN. (Embozándose aterrado en su capa.)—¡Es extraño!

LOS CENTINELAS. (Gritando en la puerta del patio.)—¿Quién es?

### ESCENA III.

LOS MISMOS y CIBO.

CIBO. (Al entrar.)—Un amigo de Lavaña.

CENTURIÓN.—¿En dónde estamos, Cibo?

CIBO.—¿Qué?

CENTURIÓN.—Mira alrededor.

CIBO.—¿Cómo? ¿Qué es esto?

CENTURIÓN.—Todas las puertas guardadas.

CIBO.—Aquí hay armas.

CENTURIÓN.—A nadie se permite salir.

CIBO.—¿Es singular!

CENTURIÓN.—¿Qué hora es?

CIBO.—Ya han dado las ocho.

CENTURIÓN.—¡Hace un frío terrible, diablo!

CIBO.—Las ocho... la hora convenida.

CENTURIÓN. (Moviendo la cabeza.)—Esto no me agrada.

CIBO.—Fiesco se propone quizás dar una broma.

CENTURIÓN.—Mañana es la elección del Dux... Cibo, esto no va bien.

CIBO.—¡Calla, calla, calla!

CENTURIÓN.—El ala derecha del palacio está iluminada.

CIBO.—¿No oyes nada? ¿Nada oyes?

CENTURIÓN.—Murmullo de gentes allá, y de vez en cuando...

CIBO.—Un roce sordo, como de armaduras, que tocan unas con otras...

CENTURIÓN.—¡Horrible, horrible!

CIBO.—¿Un carruaje se para á la puerta!

LOS CENTINELAS DE LA PUERTA.—¿Quién es?

### ESCENA IV.

LOS MISMOS, y los cuatro ASSERATO.

ASSERATO. (Al entrar.)—Un amigo de Fiesco.

CIBO.—Son los cuatro Asserato.

CENTURIÓN.—¡Buenas noches, compañero!

ASSERATO.—Venimos á la comedia.

CIBO.—¡Feliz viaje!

ASSERATO.—¿No venís á la comedia?

CENTURIÓN.—Nos paseamos antes. Queremos tomar el fresco.

ASSERATO.—Pronto empezará. ¡Venid! (Andan.)

EL CENTINELA.—¡Atrás!



ASSERATO.—¿Qué significa esto?

CENTURIÓN. (Riéndose.)—¿Que vayáis al palacio!

ASSERATO.—Aquí hay alguna equivocación.

CIBO.—Sin duda, y evidente.

(Suena la música en el ala derecha.)

ASSERATO.—¿Oís la sinfonía? La comedia empezará en seguida.

CENTURIÓN.—Me parece que ha comenzado ya, y que nosotros somos los graciosos.

CIBO.—Por lo demás, no siento calor. Me voy.

ASSERATO.—¿Armas aquí?

CIBO.—¡Bah! Trastos de cómicos.

CENTURIÓN.—¿Y hemos de permanecer en este sitio, como los locos á orillas del Aqueronte? ¡Vámonos al café!

(Vanse todos hacia la puerta.)

LOS CENTINELAS. (Con ira y en voz alta.)—¡Atrás!

CENTURIÓN.—¡Muerte y condenación! ¡Somos prisioneros!

CIBO.—Dígeme mi espada que esto no durará mucho.

ASSERATO.—¡Envainadla, envainadla! El Conde es hombre de honor.

CIBO.—¡Vendidos por traición! La comedia era el cebo, y nosotros los ratones, que habíamos de caer en la trampa.

ASSERATO.—¡No lo quiera Dios! Tiemblo al pensar en lo que puede suceder.

## ESCENA V.

LOS MISMOS.

EL CENTINELA.—¿Quién vive? (Entran Verrina y Sacco.)

VERRINA.—Amigos de la casa. (Entran otros siete nobles.)

CIBO.—¡Sus confidentes! Ahora se verá claro.

SACCO. (Hablando con Verrina.)—Como os decía, Lescaro es el encargado de la custodia de la puerta de Santo Tomás, el mejor oficial á las órdenes de Doria, y unido á él con estrechos lazos.

VERRINA.—Me alegro.

CIBO. (A Verrina.)—Venís, Verrina, en la ocasión más propicia para despertarnos de esta pesadilla.

VERRINA.—¿Cómo? ¿Qué es esto?

CENTURIÓN.—Hemos sido invitados á asistir á una comedia.

VERRINA.—Así iremos todos juntos.

CENTURIÓN. (Impaciente.)—A donde va á parar toda carne... Ya lo sé. ¿No veis que las puertas están guardadas? ¿Por qué razón?

CIBO.—¿Y esas armas?

CENTURIÓN.—Estamos aquí como debajo de la horca.

VERRINA.—El Conde vendrá en persona.

CENTURIÓN.—Valiera más que se apresurase. Mi paciencia se va acabando. (Todos los nobles se pasean por el fondo.)

BORGONINO. (Desde el palacio.)—¿Y el puerto, Verrina?

VERRINA.—Todo va bien á bordo.

BORGONINO.—El palacio está también lleno de soldados.

VERRINA.—Las nueve no tardarán.

BORGONINO.—Mucho se hace esperar el Conde.

VERRINA.—Con demasiada rapidez camina esto para sus esperanzas. En hielo me convierto cuando pienso en cierta cosa.

BORGONINO.—No os precipitéis, padre.

VERRINA.—No hay precipitación, si no es posible la tardanza. Si no cometo el segundo homicidio, no me será nunca posible responder del primero.

BORGONINO.—Pero ¿cuándo ha de morir Fiesco?

VERRINA.—Morirá cuando Génova sea libre.

EL CENTINELA.—¿Quién va?



## ESCENA VI.

LOS MISMOS y FIESCO.

FIESCO. (Al entrar.)—¡Un amigo! (Todos se acercan á él, y los soldados le presentan las armas.) ¡Bien venido seáis, apreciables huéspedes! ¡Habréis murmurado sin duda de la calma del dueño de la casa!... ¡Perdonadme! (Bajo á Verrina.) ¿Se ha hecho todo?

VERRINA. (A su oído.)—¡Todo!

FIESCO. (Aparte á Borgonino.)—¿Y tú?...

BORGONINO.—A nuestra satisfacción.

FIESCO. (A Sacco.) ¿Y tú?...

SACCO.—Todo va bien.

FIESCO.—¿Y Calcaño?

BORGONINO.—Falta.

FIESCO. (Alto, á los centinelas.)—¡Cerrad las puertas! (Quitase el sombrero, y se adelanta hacia la reunión con soltura y gracia.) Señores: Me he tomado la libertad de invitaros a una fiesta... pero no para divertirlos, sino para que desempeñéis en ella papeles más importantes. Largo tiempo hace, harto largo tiempo, que sufrimos las insolencias de Gianettino Doria, y las pretensiones usurpadoras de Andrés. Si queremos salvar á Génova, oh amigos, es menester intentarlo cuanto antes. ¿Con qué objeto creéis vosotros que esas veinte galeras ocupan el puerto de nuestra ciudad? ¿Cuál es el fin, que preside en las alianzas de los Dorias, y qué se proponen concentrando en Génova tantas tropas extranjeras? Ahora no se trata ya de murmurar y de maldecir. Por salvarlo todo, es preciso atreverse a todo. A dolencia desesperada, remedio heroico. ¿Hay alguien entre vosotros bastante hemático, para aceptar como

soberano al que sólo es su igual?... Ninguno hay aquí, cuyos antepasados no hayan sostenido la cuna de Génova. ¿Cómo? ¡por lo más sagrado del mundo! ¿Qué razón hay para que esos dos ciudadanos levanten su vuelo sobre nuestras cabezas? (Murmillos de aprobación.) Cada uno de vosotros está solemnemente obligado á defender á la Patria contra sus opresores; ninguno de vosotros puede abandonar sus derechos, ni en lo más mínimo, sin hacer traición al Estado. (Movimiento tumultuoso del auditorio, que lo interrumpe; después prosigue.)... Si compartis estos sentimientos, como parece, nuestra es la victoria. Os he trazado ya la senda que lleva á la gloria. ¿Queréis seguirla? Pronto estoy á guiaros. Estos preparativos, que os aterraban ha poco, os inspirarán ahora nuevo heroísmo. Estos temores, que os asediaban, han de trocarse en celo memorable para uniros con los patriotas y conmigo, á fin de derribar á los tiranos. El éxito favorecerá nuestro proyecto, porque mi plan es bueno. La empresa es justa, porque Génova sufre, y nuestro propósito ha de immortalizarnos, porque su grandeza corre parejas con su riesgo.

CENTURIÓN. (Con vivo entusiasmo.)—¡Basta! Génova será libre. Este grito de guerra puede llevarnos al mismo infierno.

CIBO.—Y el que no despierte al oírlo, que bogue perpetuamente al remo, hasta que la trompeta del juicio final lo libre de sus cadenas.

FIESCO.—Así hablan los hombres. Ahora podéis saber ya cuáles son los peligros, que amenazan á Génova y á vosotros. (Dales los papeles traídos por el Moro.) ¡Alumbrad, soldados! (Los nobles se acercan á la luz de las antorchas, y leen.) Sucedió como pensaba, amigos.

VERRINA.—Pero no hables tan alto. He visto allá abajo, en el ala izquierda, que algunos rostros palidecían, y que algunas rodillas temblaban.



CENTURIÓN. (Con ira.)—¡Doce senadores! ¡Diabólico! ¡Empuñad vuestras espadas! (Todos se abalanzan hacia las armas, que yacen cerca, menos dos.)

CIBO.—Tu nombre está también entre ellos, Borgoñino.

BORGOÑINO.—Y hoy, si Dios quiere, lo escribiré en la garganta de Doria.

CENTURIÓN.—Dos espadas quedan ahí sin dueño.

CIBO.—¿Cómo? ¿Qué dices?

CENTURIÓN.—Hay dos, que no han tomado las armas.

ASSERATO.—Mis hermanos no pueden ver sangre. ¡Perdonadlos!

CENTURIÓN. (Con calor.) ¿Cómo? ¿Es posible? ¿No pueden ver la sangre de los tiranos? ¿Que mueran esos cobardes! ¡Expulsad de la República á esos bastardos! (Algunos se precipitan coléricos contra ellos.)

FIESCO. (Separándolos.)—¡Deteneos, deteneos! ¿Génova deberá su libertad á viles esclavos? ¿Este metal despreciable alterará el sonido puro de nuestro oro? (Los pone en libertad.) Vosotros, señores míos, preferiréis alojaros en mi palacio, hasta que nuestros asuntos se resuelvan. (A la guardia.) Vigild á estos dos. Vosotros responderéis de ellos. Dos centinelas de vista á las puertas de su prisión. (Llévanselos.)

EL CENTINELA. (En la puerta principal.)—¿Quién llama? (Llaman.)

CALCAÑO.—¡Abrid! ¡Un amigo! ¡Abrid por Dios! (Entra muy azorado.)

BORGOÑINO.—Es Calcaño ¿Qué significa ese «por Dios?»

## ESCENA VII.

LOS MISMOS, Y CALCAÑO, asustado y sin aliento.

CALCAÑO.—¡Perdido, todo perdido! ¡Huid! ¡Sálvese el que pueda! ¡Todo se perdió!

BORGOÑINO.—¿Qué se ha perdido? ¿Es su carne bronce, y cañas nuestros aceros?

FIESCO.—¡Prudencia, Calcaño! Una mala noticia, en tales momentos, sería imperdonable.

CALCAÑO.—¡Se nos ha hecho traición! ¡Verdad infernal! ¡Vuestro moro, Lavaña! ¡Bribón! Vengo del palacio de la Señoría. Le daba audiencia el Duque. (Todos los nobles se inmutan, y hasta el mismo Fiesco palidece.)

VERRINA. (Con entereza, á los centinelas de la puerta principal.)—¡Soldados! ¡Matadme con vuestras alabardas! No quiero morir á manos del verdugo. (Todos los nobles corren asustados en distintas direcciones.)

FIESCO (Reanimado.)—¿Adónde vais? ¿Qué hacéis? ¡Véte al infierno, Calcaño!... Es un miedo infundado, señores... ¡Mujer! ¡Decirlo delante de estos niños!... ¿Y tú, Verrina?... ¡Y tú también, Borgoñino!... ¿Adónde vas?

BORGOÑINO. (Con calor.)—A mi casa, á matar á mi Berta, y volver aquí.

FIESCO. (Prorrumpiendo en una carcajada.)—¡Quedaos! ¡Deteneos! ¿Este es el valor de los exterminadores de tiranos?... ¡Magistralmente desempeñaste tu papel, Calcaño!... ¿No habéis adivinado que esta noticia ha sido invención mía?... ¿No es cierto, Calcaño, decidlo, que yo os he dado la orden de poner á prueba estos Romanos?



VERRINA.—¡Sea en buen hora! Si tú puedes reir... he de creerlo, ó eres más que hombre.

FIESCO.—¡Qué vergüenza, señores!... ¡Sucumbir en esta prueba de niños!... ¡Empuñad de nuevo vuestras armas!... Habéis de pelear como leones llenos de rabia, para reparar esta falta. (Bajo, á Calcaño.) ¿Estabais allí en persona?

CALCAÑO.—Estaba entre sus guardias, para oír el santo y seña del Duque, con arreglo á nuestro plan... y, al retirarme, traían al moro.

FIESCO. (Alto.)—Así, el viejo está en su lecho. Al són del tambor lo obligaremos á levantarse. (Bajo.) ¿Habló con el Duque?

CALCAÑO.—Mi súbito terror, y la consideración del peligro inminente que corríais, apenas me permitieron estar allí dos minutos.

FIESCO. (En voz alta, y con animación.)—Observad, pues, cómo tiemblan todavía nuestros compañeros.

CALCAÑO.—No debíais haber precipitado tanto las cosas. (Bajo.) Pero, ¡por Dios santo! ¿Qué ventaja pensáis sacar de esta mentira?

FIESCO.—Ganar tiempo, amigo, y que pase este miedo repentino. (Alto.) ¡Hola! ¿Que traigan vino! (Bajo.) ¿Y se inmutó el Duque? (Alto.) ¡Vamos, camaradas, preparémonos para el baile de este noche! (Bajo.) ¿Observasteis si se inmutó el Duque?

CALCAÑO.—La primera palabra, que pronunció el Moro, fué «conjuración.» El viejo retrocedió, blanco como el papel.

FIESCO. (Confuso.)—¡Ya, ya! Astuto es el demonio, Calcaño... No ha hecho traición, hasta no ver la cuchilla sobre su cabeza. Ahora es, sin duda, su ángel salvador. El Moro es sagaz. (Se le trae una copa de vino, que presenta a la reunión, y bebe.) ¡Al buen éxito de nuestra empresa, compañeros! (Llaman á la puerta.)

EL CENTINELA.—¿Quién es?

UNA VOZ.—¡Una orden del Duque! (Los nobles, desesperados, se dispersan por el patio.)

FIESCO. (Precipitándose entre ellos.)—¡No, hijos! ¡No temáis! ¡No os asustéis! ¡Aquí estoy yo! ¡Pronto! ¡Ocultad estas armas! ¡Sed hombres, yo os lo suplico! Esta visita me prueba que Andrés duda todavía. ¡Entrad! ¡Reanimaos! ¡Abrid, soldados! (Todos se van, y la puerta se abre.)

### ESCENA VIII.

FIESCO, como si saliese entonces del palacio; TRES ALEMANES, que traen al moro atado.

FIESCO.—¿Quién me ha llamado al patio?

LOS ALEMANES.—Buscamos al Conde.

FIESCO.—Aquí lo tenéis. ¿Quién pregunta por él?

LOS ALEMANES. (Saludándolo militarmente.)—Que Dios os guarde de parte del Duque. Su Gracia os entrega este Moro atado. Ha declarado horrores. Esta carta dice lo demás.

FIESCO. (Tomándola con indiferencia.)—¿No te predije hoy mismo las galeras? (Al Alemán.) Bien, amigo. Mis respetos al Duque.

EL MORO. (A los Alemanes.)—Y los míos también, y decid-le además... que si no hubiera enviado aquí á un asno, habría sabido que dos mil soldados están escondidos en el palacio. (Vanse los Alemanes, y vuelven los nobles.)



## ESCENA IX.

FIESCO, LOS CONJURADOS Y EL MORO, entre ellos,  
con aire insolente.

LOS CONSPIRADORES. (Que retroceden asustados á la vista del Moro.)—¡Ah! ¿Qué es esto?

FIESCO. (Que ha leído el billete, refrenando su ira.)—Genoveses, el peligro ha pasado... pero la conjuración también.

VERRINA. (Que exclama sorprendido.)—¿Cómo así? ¿Han muerto los Doria?

FIESCO. (Muy conmovido.)—¡Por Dios santo! Todas las fuerzas reunidas de la República no me... pero no estaba preparado para esto. Ese débil anciano, con cuatro líneas, ha vencido á dos mil quimientos hombres. (Dejando caer las manos sin aliento.) Doria ha triunfado de Fiesco.

BORGONINO.—¡Hablad, pues! No entendemos esto.

FIESCO. (Leyendo.)—«Según creo, Lavaña, jugáis conmigo con desgracia... Pagan con ingratitud vuestros beneficios. Ese Moro me ha descubierto una conspiración... Os lo envío atado, y esta noche dormiré sin guardia.» (Deja caer la carta; todos lo miran.)

VERRINA.—¿Y ahora, Fiesco?...

FIESCO. (Con nobleza.)—¿Vencerme en generosidad un Doria? ¿Faltaba esa virtud en la familia de los Fiescos?... ¡No! Tan verdad como yo mismo lo soy... ¡Separaos, vosotros! Yo mismo iré, y se lo revelaré todo. (Intenta irse.)

VERRINA. (Deteniéndolo.)—¿Estás loco? ¿Era algún juego de niños nuestro proyecto? ¡Detente! ¿No se trataba de la salvación de la Patria? ¡Detente! ¿Tu conjuración iba contra Doria, ó contra el tirano? ¡Detente, te digo!... Yo te hago prisionero como traidor al Estado.

LOS CONJURADOS.—¡Atadlo! ¡derribadlo en tierra!

FIESCO. (Desarmando á uno, y abriéndose paso.)—¡Poco á poco! ¿Quién será el primero, que se atreva á poner al tigre lazos? ¡Mirad!... Soy libre... pudiera muy bien ir á donde se me antojara... pero prefiero quedarme ahora, porque se me ocurre una idea...

BORGONINO.—¿Inspirada por vuestro deber?

FIESCO. (Con orgullo y altivez.)—¿Es posible, joven? Aprended primero vuestros deberes para conmigo, y no me habléis jamás de los míos... ¡Sosegaos, señores!... Todo se queda como antes. (Al Moro, rompiendo sus ligaduras.) Tú eres el resorte de una acción memorable. ¡Huye!

CALCAÑO. (Colérico.)—¿Cómo, cómo? ¿Ha de vivir este pagano?... ¿Vivir él, cuando nos ha vendido á todos?

FIESCO.—Vivir después que á todos nosotros... ha asustado. ¡Fuera, bribón! Procura volver las espaldas á Génova, porque acaso intentarán probar su valor en ti.

EL MORO.—Esto quiere decir que el diablo no abandona en el peligro á los malvados... ¡Vuestro muy humilde servidor, señores!... Veo que la cuerda, que ha de ahorcarme, no se ha hecho en Italia. He de buscarla en otra parte.

(Vase riendo.)

## ESCENA X.

UN CRIADO, que entra, y los mismos, sin EL MORO.

EL CRIADO.—La Condesa Imperiali ha preguntado tres veces por Vuestra Gracia.

FIESCO.—¡Mil diablos! Preciso es, sin duda, que la comedia comience... Dile que la veré en seguida... ¡Detente!... Encarga á mi esposa que vaya al salón de la fiesta, y



que me espere detrás de los tapices. (Sale el criado.) He trazado en este escrito todos los papeles de personajes, que habéis de representar; si cada uno desempeña bien el suyo, nada hay que decir. Verrina irá al puerto; y, cuando se haya apoderado de los navios, disparará un cañonazo, que será la señal de la sublevación... Me voy, porque me llama un asunto importante. Cuando oigáis el sonido de una campanilla, acudiréis todos juntos al salón... mientras tanto, entrad... y solzaos con mi vino de Chipre. (Vanse todos.)

### ESCENA XI.

El salón de la comedia.

LEONOR, ARABELA y ROSA, todas inquietas.

LEONOR.—Fiesco había dicho que vendría á este salón, y no ha parecido... Las once han dado ya. No se oye en todo el palacio sino ruido espantoso de hombres y de armas, y no viene Fiesco.

ROSA.—Debéis esconderos detrás de los tapices... ¿Cuál será el proyecto de nuestro señor?

LEONOR.—Tal es su voluntad, Rosa, y sé que debo obedecer... Y no obstante, no obstante, Arabela, aunque no tengo miedo, mi corazón late aceleradamente. Que ninguna de vosotras, por lo más sagrado del mundo, se separe de mi lado.

ARABELA.—Nada temáis. Nuestra inquietud refrena por completo nuestra curiosidad.

LEONOR.—A donde quiera que se dirigen mis ojos, sólo encuentran rostros extraños, que se asemejan á espectros

descarnados y siniestros. Si llamo a alguno, tiembla y se refugia en el silencio más impenetrable, horrible albergue de la mala conciencia. Si me responden, es con voz velada por el misterio, como si balbucearan angustiosamente con sus labios temblorosos, dudando si ha llegado el momento de hablar sin reserva... ¿Y Fiesco?... No sé qué horrores se traman aquí. ¡Proteged sólo á mi Fiesco, (Juntando las manos con gracia.) poderes celestiales!

ROSA. (Asustada.)—¡Jesús! ¿Qué ruido es ese, que viene de la galería?

ARABELA.—Es el soldado, que está allí de centinela. (Ésta exclama: ¿Quién va? y se le contesta.)

LEONOR.—Viene gente. ¡Detrás de los tapices! ¡Pronto! (Todas se esconden.)

### ESCENA XII.

JULIA y FIESCO, hablando.

JULIA. (Muy agitada.)—¡Deteneos, Conde! Vuestras galanterías no llegan ya á oídos desatentos, sino ardientes... ¿En dónde estoy?... Nadie aquí, sino la noche con sus engaños... ¿Adónde habéis arrastrado mi corazón sin detensa?

FIESCO.—Adonde la pasión tímida se hará más osada, y sus arrebatos, más libres, se desplegarán sin obstáculos.

JULIA.—¡Deteneos, Fiesco! No prosigáis, por lo más santo. Si la oscuridad no fuese tan completa, verías cuán grande es el rubor de mi rostro, y te compadecerías de mí.

FIESCO.—¡Al contrario, Julia! Mi amor se acrecentaría contemplando los signos de fuego del tuyo, y sería tanto más atrevido. (Besa su mano con ardor.)



JULIA.—Tu rostro, como tus palabras, oh hombre, respiran la fiebre del delirio. ¡Ay de mí! Fiebre también... ¡yo la siento!... me devora, y ciega y culpable. ¡Busquemos la luz, yo te lo ruego! Los sentidos rebeldes podrían dejarse arrastrar á las seducciones de las tinieblas. ¡Ay de mí! Y una vez en conmoción, pudieran, no temiendo la vergüenza del día, obedecer sus impías inclinaciones. Vamos adonde haya gente, vamos, ¡yo te conjuro!

FIESCO. (Con mayor insistencia.)—¿Por qué, oh amor mío, esos temores infundados? ¿Cómo es posible que una reina tenga miedo á sus esclavos?

JULIA.—Vosotros, hombres, sois la contradicción en persona. ¡Como si no fuera más peligrosa vuestra victoria, cuando tenéis cautivo á nuestro amor propio! ¿Debo confesártelo todo, Fiesco? ¿Que sólo mi virtud me preservaba del mal? ¿Que sólo mi orgullo me hacía despreciar tus artificios? ¿Que sólo esta defensa constituía toda mi fuerza? Has dudado de tu astucia, y has recurrido al ardor de Julia. ¡Déjame ahora!

FIESCO. (Con ligereza y osadía.)—Y aun así, ¿qué perderías?

JULIA. (Conmovida y con calor.)—Cuando yo te haya abandonado la llave de mi santo pudor, y puedas avergonzarme cuando quieras, ¿no lo habré perdido todo? ¿Quieres saber más, burlón? ¿Quieres además que te confiese, que toda la misteriosa sabiduría de nuestro sexo es sólo una precaución miserable para proteger nuestra flaqueza, á la que únicamente asedian vuestros juramentos, y la cual (lo digo con rubor) puede ser vencida con tanta mayor facilidad, cuanto que con frecuencia, al más leve descuido de la virtud, acoge traidoramente al enemigo? ¿Que todas nuestras astucias femeniles se esfuerzan sólo en amparar á esta plaza sin defensa, como en el juego de ajedrez protegerían todas las piezas al desarmado Rey?... ¡Mate! y todo el ta-

lero se vuelve en sentido inverso. (Pausa; con formalidad.) He aquí el cuadro de nuestra ostentosa pobreza... ¡Sé ahora generoso!

FIESCO.—Y sin embargo, Julia... ¿en dónde podrás depositar mejor ese tesoro, que en mi pasión infinita?

JULIA.—Seguramente en ninguna otra parte estaría mejor, y en ninguna otra peor... Pero dime, Fiesco, ¿cuánto tiempo durará ese infinito?... ¡Ay de mí! Yo he jugado ya con harta desdicha, para arriesgar al fin mi último recurso... Por cautivarte, oh Fiesco, puse en temerario movimiento todos mis encantos; pero no espero que sean bastante poderosos para encadenarte... Mas ¿qué digo? (Retrocede, y se cubre el rostro con las manos.)

FIESCO.—Dos blasfemias á un tiempo. Desconfianza de mi gusto, y crimen de lesa majestad contra vuestras gracias. ¿Cuál de las dos es más difícil de perdonar?

JULIA. (Cansada, pronta á sucumbir y con acento conmovido.)—Las mentiras son armas infernales... que Fiesco no necesita para vencer á su Julia. (Se deja caer en un sofá; larga pausa.) Oye, Fiesco, deja que te diga una sola palabra. Nosotras somos heroínas cuando sabemos que nuestra virtud está segura... niñas, cuando la defendemos... (Mirándolo fijamente.) furias, cuando la vengamos... Escucha, Fiesco, ¿y si tú me inmolaras á sangre fría?

FIESCO. (Con acento irritado.)—¿A sangre fría? ¿A sangre fría? Pero... ¡por Dios! ¿qué más pide la insaciable vanidad de una mujer, si duda todavía viendo á un hombre arrastrarse á sus piés? ¡Ah! Paréceme que despierto (Con voz desapasionada.) y que abro á tiempo los ojos... ¿Qué mendigaba yo hace poco?... Los favores más preciados de una mujer no pueden pagar la más leve humillación de un hombre. (Haciéndole una profunda cortesía, llena de frialdad.) Reanimaos, señora, ya estáis segura.

JULIA.—¿Qué mudanza, Conde!



FIESCO. (Con la mayor indiferencia.)—¡No, señora! Tenéis razón de sobra; ninguno de los dos podemos jugar con nuestro honor más que una sola vez. (Besándole la mano con finura.) Delante de todos tendré el placer de probaros el respeto que os debo. (Hace ademán de irse.)

JULIA. (Deteniéndolo.)—¡No te vayas! ¡Estás loco? ¡Quédate! ¡He de decir... he de decir yo misma lo que todos los hombres del mundo de rodillas... llorando... en la tortura... no hubieran podido arrancar á mi orgullo?... ¡Ay de mí! Hasta las tinieblas espesas, que me rodean, son impotentes para ocultar el ardor, que despiden mis mejillas... Fiesco... yo atravieso el corazón de todo mi sexo... que me odiará perpetuamente... ¡Yo te adoro, Fiesco! (Arrodíllase delante de él.)

FIESCO. (Que retrocede unos tres pasos, la deja arrodillada, y se rie con aire de triunfo.) ¡Lo siento, señora! (Toca la campana, levanta los tapices y trae á Leonor á la escena.) Aquí está mi esposa... ¡Una mujer divina! (Se arroja en los brazos de Leonor.)

### ESCENA XIII.

LOS CONJURADOS, que penetran en tropel; LAS DAMAS, que acuden por otra parte, y FIESCO, LEONOR y JULIA.

LEONOR.—¡Esposo mío! Esto es ya demasiado.

FIESCO.—No merecía otra cosa corazón tan perverso. Yo debía dar esa satisfacción á tus lágrimas. (Á la reunión.) ¡Señores y señoras! No estoy acostumbrado á dejarme abrasar de las llamas del amor, como un niño. Las locuras humanas me entretienen largo tiempo, antes que me arras-

trep. Esta es merecedora de todo el rigor de mi ira, porque ha intentado envenenar á un angel. (Enseña los polvos á la concurrencia, que retrocede asustada.)

JULIA. (Reprimiendo su rabia.)—¡Bien, bien! ¡Muy bien, caballero! (Quiere irse.)

FIESCO. (Que la obliga á volver.)—Tendréis paciencia, señora... Aun no hemos terminado... Quizás esta reunión quisiera saber la causa, que me impulsa á renegar hasta tal punto de mi razón, puesto que he representado esta farsa con la mayor loca de Ginebra.

JULIA. (Colérica.)—¡Esto es insufrible!... Pero ¡tiemblo! (Amenazándole.) Doria es dueño de Ginebra... y yo su hermana.

FIESCO.—Tanto peor para vos, si esta es vuestra última ponzoña... Pero, por desgracia, debo advertiros que Fiesco de Lavaña, con la diadema robada por vuestro serenísimo hermano, ha fabricado una cuerda, con la cual se propone ahorear esta misma noche al ladrón de la República. (Ella se pone pálida, y él se sonrie sarcásticamente.) ¡Hola! ¿No lo esperábais?... y sin embargo, (Con peor intención.) he aquí el motivo que me obliga á dar ocupación á las miradas inquisitoriales de vuestra familia; á fingir (Señalando á ella.) ese amor de arlequín; á abandonar esa piedra preciosa (Mostrando á Leonor.) mientras perseguía afortunado mi presa, diamante de brillo falso. Os doy gracias por vuestra amabilidad, señora, y me despojo de mi traje de teatro. (Le entrega su retrato, haciendo una profunda cortesía.)

LEONOR. (A Fiesco, en ademán suplicante.)—¡Luis mío, Julia llora! ¡Podrá rogarte tu Leonor?...

JULIA. (A Leonor, con insolencia.)—¡Calla tú, mujer odiosa!

FIESCO. (Á un criado.)—¡Sé galante, amigo!... ofrece á esta dama tu brazo, porque desea visitar mi prisión de Estado. Tú serás responsable de que nadie moleste á esa señora... el aire exterior es frío... y la tempestad, que



esta noche ha de romper el tronco de los Doria, podría desordenar su ligero... peinado.

JULIA. (Sollozando.)—¡Que la peste te devore, hipócrita vil y fementido! (A Leonor, con ira.) No te alegres de tu triunfo, que tú también perecerás, y hasta él mismo y... ¡oh desesperación. (Sale corriendo.)

FIESCO. (A los convidados.)—Vosotros sois testigos... salvad mi honor en Génova... (A los conjurados.) Vendréis por mí, cuando el cañón resuene. (Todos se van.)

#### ESCENA XIV.

LEONOR y FIESCO.

LEONOR. (Acercándose á él inquieta.)—¡Fiesco! ¡Fiesco! Te comprendo sólo á medias; pero comienzo á temblar...

FIESCO. (Con gravedad.)—Leonor... yo te he visto alguna vez á la izquierda de otra genovesa... yo te he visto contentarte en la Asamblea de los nobles, ofreciendo tu mano á los besos de los caballeros después de otra... Leonor, esto me ofendía. Resolvi que no se repitiera... y así será. ¿Oyes ese tumulto guerrero en mi palacio?... Lo que temes, es cierto... A vuestro lecho, Condesa... mañana... os despertará duquesa.

LEONOR. (Que junta sus manos, y se deja caer en un sillón.)—¡Dios mío! ¡Mi presentimiento! ¡Soy perdida!

FIESCO. (Con dignidad.)—¡Déjame hablarte, amor mío! Dos de mis antepasados llevaron la triple corona; la sangre de los Fiescos sólo corre sana bajo la púrpura: ¿ha de renunciar vuestro esposo á ese brillo hereditario? (Con más animación.) ¿Cómo? Con toda su grandeza ¿ha de agradecer á los favores de la casualidad, que, en un momento de capri-

cho, y prodigando sus bienes, realce á un Juan Luis Fiesco? ¡No, Leonor! Yo tengo demasiado orgullo para aceptar, dándoseme, lo que yo mismo pueda tomar. Esta noche devuelvo á los sepulcros de mis antepasados las grandezas que me legaron... Los condes de Lavaña se extinguieron... Los príncipes comienzan.

LEONOR. (Que sacude la cabeza, preocupada en silencio con alguna imagen de su fantasía.)—Veo á mi esposo, que cae en tierra herido mortalmente... (Con voz más sombría.) Veo el mudo cortejo, que me trae el cadáver destrozado de mi marido (Levantándose sobresaltada.) La primera... la única bala, que se tire, atravesará las entrañas de Fiesco.

FIESCO. (Cogiéndole afectuosamente una mano.)—¡Tranquízate, hija mía! Esa única bala no existe.

LEONOR. (Mirándolo seriamente.)—¿Tan ciega confianza tiene Fiesco en el cielo? Si es posible un solo caso entre millares de ellos, podría ocurrir el primero, y perder entonces á mi esposo... Piensa, Fiesco, que juegas con el cielo. Si hubiera un millón de probabilidades favorables, y una sola funesta, ¿serías bastante audaz para arrojar el dado, y empeñar con el mismo Dios esta lucha impia? ¡No, esposo mío! cuando se expone todo al azar, cada tentativa de juego es una blasfemia.

FIESCO. (Sonriéndose.) Nada temas; la fortuna y yo somos amigos.

LEONOR.—Dices esto... ¿y persistes en ese juego, que desgarrar el alma? ¿y le llamas pasatiempo? ¿y has visto á la traidora, cuando atrae á su víctima con cartas favorables, hasta que se levanta excitado, para hacer saltar la banca... y entonces, en un instante, lo condena á la desesperación?... ¡Oh esposo mío! Tú no te mostrarás á los Genoveses para ser adorado. Despertar de su sueño á los republicanos, domar un caballo, no es fácil empresa, Fiesco. No te fies de esos rebeldes. Los prudentes, que te animan, te



temen. Los necios, que te divinizan, te servirán de poco; y por donde quiera que miro, veo la ruina de Fiesco.

FIESCO. (Paseándose agitado.)—La cobardía es el mayor peligro. La grandeza exige también sus sacrificios.

LEONOR.—¿La grandeza, Fiesco?... ¡Cuánto ofende tu genio á mi corazón!... ¡Mira! Yo supongo que la fortuna te favorece, que vences, quiero decir... ¡ay de mí entonces, la más desdichada de las mujeres! ¡Infeliz yo, si el éxito es desastroso! ¡Más infeliz aún, si próspero! No hay medio entre ambos extremos. Si no llega á ser Duque, pierdo á Fiesco. Si lo es, pierdo á mi esposo.

FIESCO.—No lo entiendo.

LEONOR.—¿Que no, Fiesco mío? La planta delicada del amor se seca bajo los rayos abrasadores del trono. El corazón de cualquier hombre, y aunque sea Fiesco este hombre, es harto estrecho para albergar en él á dos deidades... y á dos deidades enemigas... El amor llora y puede amar las lágrimas; la ambición tiene ojos de bronce, y jamás los humedece el sentimiento... El amor posee un solo bien, y renuncia por él al resto de la creación; la ambición padece los tormentos del hambre, después de despojar á la naturaleza entera... La ambición trastorna al mundo, convirtiéndolo en una cárcel de desesperados, y el amor, en sus sueños, transforma al desierto en paraíso... Si tú deseas descansar, recostado en mi seno, un vasallo rebelde podría revolver tu imperio... Si yo intentara arrojarme en tus brazos, tus sospechas de déspota creerían que los asesinos brotaban debajo de los tapices, y te obligarían á huir de uno á otro aposento. Si; el recelo, siempre temeroso, perturbaría hasta nuestra paz doméstica... y si tu Leonor te ofreciese un refresco apetecido, tú rechazarías el vaso convulso, y calificarías de emponzoñadora á mi ternura.

FIESCO. (Que se detiene horrorizado.)—¡Calla, Leonor! Esa imagen me repugna...

LEONOR.—Y sin embargo, aun no está el cuadro terminado... Yo diría: «Sacrifica el amor á la grandeza; sacrifica tu tranquilidad... con tal que me quede Fiesco...» pero ¡Dios mío! es mi última copa de amargura. Pocas veces suben ángeles al trono; menos veces bajan. Quien no teme ya á los hombres, ¿se compadecerá de ellos? Quien acompaña su menor deseo con un rayo juzgará necesario expresarlo con palabras lisonjeras? (Se detiene; después se acerca á él con modestia, y coge su mano, prosiguiendo con tierna melancolía.) ¡Príncipe! ¡Fiesco! Todos estos mal aconsejados proyectos de la ambición y de la falibilidad humana... se interponen entre Dios y el hombre... creaciones enfermizas... creadores aun más desventurados...

FIESCO. (Paseándose inquieto.)—¡Cállate, Leonor! El puente levadizo se ha alzado ya detrás de mí...

LEONOR. (Mirándolo con ternura.)—¿Y por qué, esposo mío. Sólo lo hecho no puede anularse. (Con ternura algo maliciosa.) En otro tiempo aseguraste que mi belleza había desbaratado todos tus proyectos... y ó era falso, y tú hipócrita, ó mi hermosura se ha marchitado prematuramente... Pregunta á tu corazón quién es culpable... (Con ardor, estrachándolo entre sus brazos.) ¡Retrocede! ¡Animate! ¡Renuncia á tus planes! El amor te premiará. ¿No podrá aplacar mi corazón tu hambre insaciable?... ¡Oh Fiesco! Menos la aplacaré la diadema... (Con cariño.) ¡Ven! Yo adivinaré todos tus deseos, confundiré en un beso de amor todo los encantos de la naturaleza, y encadenaré para siempre á un sublime fugitivo con estos lazos divinos... tu corazón es infinito... y el amor lo es también, Fiesco. (Con ternura.) Hacer dichosa á una pobre criatura, á una criatura, cuya gloria está en tu pecho... ¿dejaría esto una laguna en tu alma?

FIESCO. (Más y más conmovido.)—¿Qué has hecho, Leonor? (Abrazala vencido.) Jamás podría presentarme delante de ningún Genovés...



LEONOR. (Con alegría.)—¡Fiesco! ¡Dejemos caer en el polvo estas brillantes vanidades, y vivamos sólo en los campos románticos del amor. (Oprimiéndolo extasiada contra su seno.) Nuestras almas, tan serenas como el claro azul del cielo, no serán ya turbadas por el negro vapor de la pena. Nuestra vida correrá melodiosa, como la fuente de la armonía corre hacia el Creador. (Se oye un cañonazo. Fiesco se separa de ella. Todos los conjurados entran en la sala.)

### ESCENA XV.

LOS CONJURADOS y LOS MISMOS.

LOS CONJURADOS.—¡Llegó el momento!

FIESCO. (A Leonor con energía.)—¡Adiós!... para siempre... ó Génova yacerá mañana á tus pies. (Intenta salir.)

BORGONINO. (Gritando.)—¡La Condesa se desmaya! (Todos se apresuran á socorrer á Leonor desmayada, Fiesco se arroja á sus pies.)

FIESCO. (Con acento desgarrador.)—¡Leonor! ¡Socorredla, por Dios! (Rosa y Arabela acuden á sostenerla.) Abre los ojos. (Fiesco se levanta.) Ahora, ¡venid!... á cerrar los de Doria. Todos los conjurados se van precipitadamente, y cae el telón.)

### ACTO V.

Después de la media noche.—La calle principal de Génova.—Por aquí y por allí luces delante de las casas, que se apagan poco á poco.—En el fondo del teatro se ve la puerta de Santo Tomás, todavía cerrada, y á lo lejos, la mar.—Pasan algunos hombres con linternas, y después rondas y patrullas.—Todo está tranquilo, y sólo la mar agitada.

### ESCENA I.

FIESCO llega armado, y se detiene ante el palacio de Andrés Doria.—Después, ANDRÉS.

FIESCO.—El anciano ha cumplido su palabra... todas las luces del palacio están apagadas, y no hay centinelas. Voy á llamar. (Llama.) ¡Eh! ¡Hola! ¡Despierta, Doria! ¡Te hacen traición; te venden! ¡Doria! ¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! ¡Despierta!

ANDRÉS. (Que se presenta en el balcón.)—¿Quién ha llamado?

FIESCO. (Desfigurando la voz.)—¡No lo preguntes! ¡Obedéceme! ¡Tu estrella te abandona, Duque! ¡Génova se subleva contra tí! ¿Tus verdugos se acercan, y puedes dormir, Andrés?

ANDRÉS. (Con dignidad.)—Recuerdo, que, cuando la mar combatía mi navío, y crujía la quilla, y se rompía el palo mayor... Andrés Doria dormía profundamente... ¿Quién envía esos verdugos?

FIESCO.—Un hombre más terrible que el alborotado mar, Juan Luis Fiesco.